

Cuando pase la buena estación y vuelvan las nieves y los hielos á extenderse como un sudario sobre la Mandchuria y la Corea, se pondrán más de relieve los servicios de los cosacos, y su acción será más molesta y dañosa á las fuerzas enemigas, que han empezado á notar ya cuan indispensable es el concurso de una buena caballería.

### LA CATÁSTROFE DEL «HATSUSE»

La pérdida del *Petropavlovsk* tuvo el triste privilegio de conmover á los periódicos de todo el mundo, que le dedicaron innumerables artículos ponderando la irremediable desgracia padecida por los rusos, y la cual les ponía en condiciones de absoluta y manifiesta inferioridad para el resto de la guerra. [Gravísimo fué el golpe que recibió la armada moscovita, pero la verdad es que no había motivo para extremar tanto las consecuencias, pues ni el *Petropavlovsk* era el mejor de sus barcos, ya que figuraba entre los acorazados más antiguos y menos potentes, ni la muerte del almirante Makaroff, con ser muy sensible, era lo bastante para decidir la guerra.

Mucho más importante ha sido la catástrofe del *Hatsuse*. Sólo dos acorazados japoneses le superan en desplazamiento, diferencia de solo 200 toneladas, y en cambio de esto, era el barco de escuadra de mayor marcha y el más moderno, por lo que se le consideraba como el mejor de los acorazados japoneses, y en el que acostumbraba á enarbolar su enseña el almirante jefe de la flota.

Desplazaba el *Hatsuse* 15.000 toneladas, con una capacidad de carboneras de 1.500, y desarrollaba un andar de 19,10 millas. Muy bien acorazado, se componía su armamento de 4 cañones de 30,5 centímetros, 14 de 15, 20 de 8 y 14 de pequeño calibre, llevando cuatro tubos lanza-torpedos sumergidos, de 45 centímetros. Fué terminado en 1900 y constituía una de las unidades más formidables de la escuadra japonesa.

Las causas de la catástrofe parecen haber sido las mismas que las que provocaron la pérdida del *Petropavlovsk*. La explosión de un torpedo originó otra más grave en el interior del barco, y éste se fué á pique en pocos minutos, pereciendo la mayor parte de la tripulación, á la que no pudieron

salvar los cruceros japoneses porque estaban demasiado lejos y no llegaron á tiempo, ni los torpederos rusos, que no pudieron acercarse por impedírsele la aproximación de aquéllos.

Triste suerte la de los marinos de guerra en la presente campaña. Siempre es doloroso morir, pero cuando se perece por la gloria y la honra de la patria, combatiendo cara á cara al enemigo, la muerte reviste los caracteres de un nobilísimo sacrificio y abre las puertas de la inmortalidad y de la gratitud nacional. ¡Cuán estériles y obscuras en cambio las pérdidas de tantos centenares de vidas, de rusos y japoneses, á quienes la explosión fortuita de un torpedo, debida al azar, sepultó en el fondo de los mares, sin provecho ninguno para su propio país, ni daño del enemigo!

B.

### LAS FANTASÍAS BRITÁNICAS Y JAPONESAS

Achaque común de todas las guerras es que los beligerantes oculten y modifiquen las noticias relativas á las operaciones militares, con objeto de no proporcionar indirectamente informaciones exactas al enemigo; pero la confusión que esta manera de conducirse produce en el ánimo del lector, acaso no había llegado nunca al extremo de ahora. Diariamente circulan telegramas y noticias para todos los gustos, noticias falsas que á menudo ni siquiera se toman la molestia de desmentir las mismas agencias que las lanzan á la publicidad; y como no se poseen mapas detallados y muy exactos del teatro de la guerra, no solo la prensa se desorienta y confunde, sino que acaba por interpretar las informaciones á medida de sus deseos y sentimientos, dando por cierto lo que le conviene y negando lo que contraría sus propósitos.

Y al hablar de la prensa no nos referimos á la prensa en general, sino muy particularmente á la inglesa, que por medio de sus corresponsales y de sus poderosas compañías y agencias de publicidad, impone las noticias de la guerra á los periódicos de todo el mundo. Los mismos franceses, á pesar de sus notorias simpatías por los rusos, acogen las nuevas más estupendas favorables á los japoneses, lo cual no debe extrañar, pues ó hay que inventar los telegramas,

osadía en que no incurre ningún periódico serio, ó no cabe otro recurso que admitir lo que los ingleses quieren servir. Los grandes periódicos alemanes, no obstante sus esfuerzos por poseer una información directa y verdad, se ven forzados á recurrir á las agencias inglesas, que monopolizan todas las noticias de la guerra, sin que baste á desvirtuar el efecto de las mismas algún telegrama aislado y casi siempre de origen sospechoso, aunque aparezca fechado en San Peterburgo.

Hecho es este innegable y que vemos comprobado á diario hojeando los diarios ingleses, alemanes, franceses, norteamericanos y españoles. Y como para nadie es un secreto el odio que los ingleses sienten por los rusos y las simpatías que demuestran por los nipones, resulta un estado de opinión tan favorable á estos como contraria á los primeros. Lo cual no hay que decir que preocupa muy poco tanto á los ejércitos del Czar, como á los del Mikado, pues á lo sumo influye ligeramente en la cotización de los valores rusos y japoneses, sin dejar sentir su acción en la política internacional, puesto que los Gobiernos ajustan su conducta á medios de información más seguros, que no están al alcance de la generalidad de las personas.

Resulta de todo esto que es frecuente oír á personas ilustradas expresarse en términos laudatorios de los japoneses, y hablar con una especie de conmiseración de los moskovitas, como si estos constituyeran un pueblo salvaje, ignorante y semi-bárbaro, y en cambio los amarillos figuraran á la cabeza de la civilización y llevarsen á cabo hechos gloriosos desconocidos en los anales de la humanidad.

El Almirante Togo, el general Kuroki, el mismo almirante Uriu, el héroe de Chemulpo, cuya hazaña solo puede compararse con la de Dewey en Cavite, se nos presentan en los periódicos ingleses como caudillos sin rival, como héroes invencibles y genios de la guerra. Se nos habla un día y otro de las victorias de Togo, que no hemos sabido encontrar en ninguna parte, y de la estrategia de Kuroki, estrategia que sin duda reserva para mejor ocasión.

El almirante Togo navega bien, al parecer, pero como hombre de armas va resultando un tanto ridículo. ¿Para qué han ser-

vido los millones sepultados, en forma de barcos, en la rada de Port-Arthur, con objeto de obstruir la entrada del puerto? ¿Qué resultados prácticos han tenido los infinitos bombardeos de dicha plaza, sino el de quebrantar sus propias naves y disminuir la vida de sus cañones, sin desmontar siquiera una pieza de los fuertes terrestres? ¿Qué combate naval ha sostenido, ni para qué le han servido sus acorazados y cruceros, siempre rehuyendo la lucha menos cuando han estado en la proporción de diez contra uno, como aconteció el día en que se hundió el *Petropavlovsk*? Su único mérito consiste en el ataque á traición contra la escuadra rusa antes de declararse la guerra, y en el envío de torpederos al puerto de Port-Arthur durante las altas horas de la noche, torpederos que se retiraron prudentemente apenas los fuertes rompieron el fuego. Nadie ha disputado á Togo el dominio del mar, y el célebre almirante se ha creído un héroe invencible expidiendo á su gobierno despachos tan altisonantes como inexactos. Leyendo sus telegramas oficiales, todos los barcos de la escuadra rusa han sido echados á pique ó puestos fuera de combate dos ó tres veces, y en cambio los japoneses se conservan intactos, como si los primeros fueran de cartón y los segundos invulnerables. Posible es que el jefe de la flota japonesa sea un hombre sabio y eminente y un caudillo sin rival, pero hasta ahora no ha dado motivo para que se le apliquen con justicia esos calificativos, ni siquiera otros muchos menos expresivos. De lo que acontecerá más adelante no es posible aventurar opinión.

Y no se objete que si Togo no es más que una medianía, los almirantes rusos son menos que eso; porque á ninguno de ellos se le ha ocurrido todavía presentarse como una lumbrera, y por consiguiente no sería lógico echarles en cara defectos que no poseen. Las únicas operaciones navales dignas de aplauso y que revelan habilidad, mérito y valor, las ha ejecutado la división de cruceros de Wladiwostock, alejándose, á pesar de sus cortas fuerzas y de la carencia de puertos de refugio, varios centenares de millas de aquella plaza, metiéndose en pleno sector enemigo y llevando á cabo empresas tangibles y positivas, aunque de importancia material pequeña; pero como esos

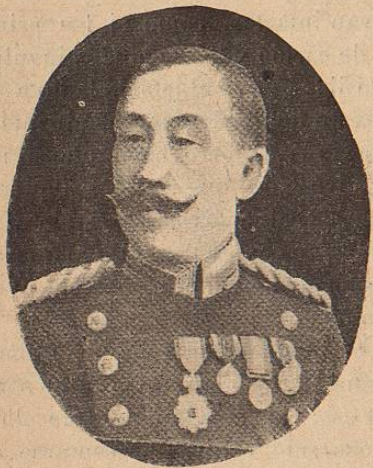
cruceros son rusos y no japoneses, han bastado media docena de líneas para dar cuenta de sus movimientos, en tanto que se necesitaban columnas enteras para narrar todos los incidentes de los mil bombardeos de



General Okada,  
Intendente General del primer ejército japonés

Port-Arthur ejecutados á seis millas de distancia.

Solo falta que los marinos japoneses demuestren que no es privativa de los rusos



General Fushimi,  
jefe de las tropas japonesas de Corea

la impericia en el manejo de las naves, y los últimos sucesos hacen creer que han empezado ya á demostrarlo, para que toda la gloria cosechada en esta guerra por las escuadras japonesas quede reducida á unos cuantos artículos de periódico.

Peor es todavía lo que acontece con las operaciones en tierra. Después de la inaudita victoria de Kiu-len-cheng, el general

Kuroki ha destrozado á cuantos destacamentos rusos se han opuesto á su marcha, con la particularidad de que sin duda los moskovitas han abandonado el fusil y se sirven del arco y de las flechas, porque de otro modo no se comprende cómo unos cuantos soldados japoneses hacen huir á la desbandada á batallones y sotnias de cosacos, causándoles numerosos muertos *vistos* á cambio de dos ó tres heridos. A estas fechas, si fueran ciertos los telegramas japoneses, los ejércitos del Czar estarían deshechos y fugitivo el generalísimo Kuropatkin; y así esperábamos leerlo de un momento á otro, cuando con gran sorpresa el mismo Kuroki nos dice que ha tenido que replegarse á Fen-hueng-cheng, desistiendo de sus maniobras envolventes y profundas combinaciones estratégicas, no porque los rusos le hayan obligado á retroceder, nada de eso, sino por las lluvias. Primero los hielos, las lluvias ahora y más adelante tal vez el calor, paralizan pues las operaciones militares; para este resultado, más les hubiera valido á los japoneses no salir de su país.

En la península de Liao-tung, y en la costa de la Mandchuria no son menos brillantes los éxitos de los amarillos. De Newchang, de Dalny y de otros muchos puntos se han apoderado castigando duramente á los rusos, sin perjuicio de telegrafiar ocho días después que continuaba el ataque contra aquellas plazas. No hay que decir que de las carreras celebradas ante el general Stössel, y cuyo primer premio ganaron los japoneses, no han dicho una palabra.

Lo que más nos maravilla es el servicio de espionaje del ejército japonés. En todos los encuentros con los rusos, antes, mucho antes de conocer sus propias pérdidas, sabían y publicaban por todo el mundo las de los rusos. Cosacos, en especial, apenas deben quedar, tantos han matado: sin duda les estorban mucho; y cuando se ponen fuera de tiro esos terribles ginetes, los nippones acuden á un medio más expedito, los arrojan y acorralan á las montañas para que se mueran de hambre, como aconteció en Andjú con las dos sotnias de cosacos..... quienes famélicos y desmayados cortaron luego las vías ordinaria y telegráfica y siguen campando á sus anchas.

No afirmaremos resueltamente que sean



Manifestación patriótica en Ruelia, al desembarcar las tripulaciones del «Variag» y del «Korietsz»